

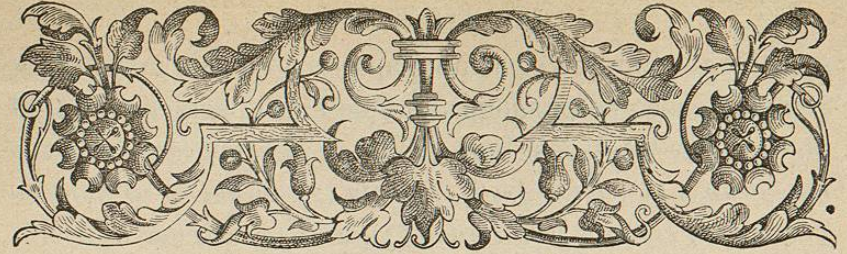
de el atrio de su casa, no será tomada (1), y como las vírgenes prudentes, no cesemos de alimentar nuestras lámparas, para cuando se nos diga: *He aquí que viene el Esposo* (2); vivamos apercibidos para el día del Señor, á fin de poder decir con el Apóstol: *He peleado con valor; he concluído mi carrera conservando la fe; ahora me está preparada la corona de justicia, que me dará en su día el justo Juez, lo mismo que á cuantos le amen* (3). Ésta os deseo con toda mi alma.

(1) Luc., XI, 21.
(2) Matth., XXV, 6.

(3) II. Timoth., IV, 7.—I. Corinth., IX, 25.



DE LA MORTIFICACIÓN



DE LA MORTIFICACIÓN

LA educación es una de las virtudes sociales de la cual no debe el hombre prescindir, si quiere hacerse digno del aprecio y consideración de sus semejantes. La educación es un freno, y quien carece de ella, no sabe reprimir los instintos y demasías de su inculta naturaleza, y por lo mismo, no puede vivir en sociedad. Esto es evidente. Pues bien: lo que es la educación para el hombre constituido en sociedad, lo es la mortificación para el que profesa la vida religiosa, pero con notable diferencia, porque la educación se limita á refrenar los actos externos que puedan molestar á nuestros semejantes, y en ella caben la simulación y la hipocresía; pero la mortificación cristiana—virtud impuesta por Dios, autor del cuerpo y del alma (1)—abarca todo el sér humano, el cuerpo con sus sentidos, el alma con sus potencias y el corazón con sus pasiones y apetitos. La sociedad

(1) Génes., II, 7; Job, X, 8; Psal. XCIX, 3; Psal. CXVIII, 73; I. Corinth., XV, 45.

se contenta con que el hombre aparezca en su exterior fino, atento y obsequioso, aunque abrigue en su pecho un corazón podrido por los vicios. Pero *Dios, que escudriña el corazón y las entrañas* (1); *Dios, que es espíritu* (2), *y quiere ser adorado y servido en espíritu y en verdad* (3), le exige además que *crucefique la carne con sus vicios y concupiscencias* (4), que niegue su voluntad y juicio; en una palabra, que muera al mundo y á sí mismo para vivir vida de espíritu (5).

Y ¿cómo podremos vivir vida de espíritu, si no procuramos *destruir las obras de la carne*, enfrenando sus bríos y *reduciéndola á servidumbre* con la mortificación y penitencia? (6). Y sin la práctica de esta mortificación, amarga pero saludable, ¿qué progresos pensamos hacer en el camino de la santidad á que somos llamados? Ninguno, ni siquiera podremos dar un paso; al primer ataque sucumbiremos, y sabido es que el enemigo con la victoria adquiere mayores bríos. Veamos «en qué consiste» esta virtud y «cómo» debemos practicarla.

Que el Espíritu Santo alumbré mi entendimiento y ponga en mi boca palabras eficaces que logren enamorarnos de esta excelentísima virtud, tan agradable á los ojos de Dios y tan necesaria para los que aspiramos á la perfección de la caridad (7).

Mortificación en general

La mortificación no es más que una privación ó un dolor libremente aceptados. Esta virtud tiene la propiedad admirable de poner en perfecto equilibrio la parte moral del hombre, dándole lo que le falta y quitándole lo que le sobra

(1) Jerem., XVII, 10; I. Reg., XVI, 7; Apocal., II, 23.

(2) Joann., IV, 24.

(3) II. Corinth., III, 17; Rom., VII, 6.

(4) Coloss., III, 5; Galat., V, 24.

(5) Rom., VIII, 13.

(6) I. Corinth., IX, 27.

(7) Ephes., IV, 13; Coloss., I, 28.

y perjudica. Por eso vemos que al soberbio que la practica lo hace humilde; al avaro lo hace caritativo; al voluptuoso, casto; al impío, devoto, y al devoto, justo y santo. La razón es porque la mortificación apaga ó mitiga el fuego de las pasiones, y amortiguando en ellas la tendencia ó instinto carnal que degrada al hombre, les comunica el espiritual que le ennoblece y fortifica. De suerte que la mortificación tiene la virtud maravillosa de cambiar radicalmente la economía de nuestro sér. Los mundanos la temen, huyen de ella como de la muerte, y se comprende, porque ellos creen—á lo menos así lo dicen—que han venido al mundo para gozar, para satisfacer sus pasiones y apetitos depravados (1). Pero se engañan lastimosamente, porque nuestro destino es mucho más noble y transcendental; hemos nacido para hacer la voluntad de Dios Nuestro Criador (2), *y la voluntad de Dios es que seamos santos, como Él es santo* (3); la voluntad de Dios es *que seamos perfectos, como lo es nuestro Padre celestial* (4), y el medio infalible para lograr esta santidad y perfección nos lo indica Jesucristo por San Mateo (5). *El reino de los cielos, dice, se alcanza á viva fuerza, y los que se la hacen á sí mismos son los que lo arrebatan.* Y entendemos por violencia, el impulso contrario al movimiento ó tendencia natural de las cosas. Si arrojamos á lo alto una piedra, este impulso que la damos para que suba es forzado y violento, porque la piedra es pesada y por su naturaleza tiende, no á subir, sino á bajar. El que navega contra la corriente de un río, ¡cuánto no se esfuerza y fatiga para no ser arrastrado por ella! Pues bien: como quiera que nuestra naturaleza, herida de muerte en el paraíso, nos inclina á los placeres del sentido, á la satisfacción de los apetitos, á vengar las injurias, etc., porque ésta

(1) Isai., XXII, 13; Isai., LVI, 12; I. Corinth., XV, 32.

(2) Matth., VI, 10.

(3) Levit., XI, 44; I. Petr., I, 16.

(4) Matth., V, 48.

(5) Matth., XI, 12.

es su tendencia; cuando por la mortificación enfrenamos todos estos deseos y apetitos, opuestos á la ley de Dios y á la recta razón, entonces decimos que nos hacemos violencia, porque luchamos contra la corriente de nuestra naturaleza para subir y lograr el reino de los cielos.

Y si esta fuerza y violencia que debemos hacernos es, como acabáis de oír, un precepto expreso en el santo Evangelio, un deber ineludible que incumbe al cristiano que desee entrar en el reino de los cielos, ¿qué deberá hacer el religioso para lograr un puesto eminente y distinguido en ese reino, es decir, para alcanzar la perfección de su estado?... El santo Job dice que *la vida del hombre es una lucha continua sobre la tierra* (1); y si para llevar una vida honesta y cristiana se necesita luchar con las malas inclinaciones, ¿qué lucha, qué combate, qué batalla no será menester para llevar, no una vida honesta y cristiana, sino perfecta?... Luego la vida perfecta estriba en luchar con nosotros mismos, en vencer las malas inclinaciones, en negar la propia voluntad y juicio y en cumplir el consejo que da Jesucristo á quien quiera seguirle: *Quien quiera seguirme, dice, niéguese á sí mismo* (2), y esta negación incluye la muerte espiritual del hombre todo entero. Sí, hermanas mías; al religioso se le pide que muera; más aún: al religioso se le supone muerto, muerto á sí mismo y á cuanto le rodea: Así lo dice San Pablo: *MORTUI ESTIS: estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios* (3). Y ¿cómo se llega á este grado tan subido de perfección? Pues se llega por medio de la mortificación exterior é interior; y ved aquí indicadas las dos maneras de penitencia y mortificación en que debemos ejercitarnos toda nuestra vida. Una «corporal» que castiga y aflige el cuerpo, y ésta es la que llamamos penitencia exterior. Otra «espiritual», más precio-

(1) Job, VII, 1; Job, XIV, 14;
II. Timoth., III, 12.

(2) Matth., XVI, 24; Luc., IX, 23.
(3) Coloss., III, 3.

sa y subida que la primera, y consiste en regir y gobernar los movimientos ó tendencias de nuestro apetito y en pelear contra los vicios y malas inclinaciones.

Mortificación exterior

Hablemos, en primer lugar, de la mortificación «exterior» ó del cuerpo y sus sentidos. No debo esforzarme en probaros la necesidad que tenemos de mortificar nuestra carne, en primer lugar, porque hablo á religiosas avezadas á este linaje de penitencia, y también porque con harta elocuencia lo está exigiendo la lucha que todos experimentamos *entre la ley de nuestros miembros y la ley del espíritu* (1); lucha que menciona San Pablo en su carta á los romanos, y de la cual deduce como consecuencia la necesidad de mortificarnos para afligir y humillar este *cuerpo de pecado*, diciendo: *Castigo mi cuerpo y lo reduzco á servidumbre, no sea que, habiendo predicado esto mismo á los demás, venga yo á ser reprobado* (2). Los maestros de la vida espiritual se muestran inflexibles en este punto. El P. Nieremberg llega á decir que, «aunque es tan gran »bien la oración, más vale que seamos mortificados que no »hombres de oración; porque la oración sin mortificación, ó »es ilusión, ó no será oración. Por mucho que oremos, no sere- »mos perfectos si no somos mortificados» (3). Y San Juan de la Cruz añade, que «al que desaprueba la mortificación del cuer- »po no debemos darle crédito, aunque haga milagros» (4). Y con harta razón, porque en este mundo todo está sujeto á mudanza; pero las necesidades espirituales del hombre son y serán siempre las mismas; el mundo, el demonio y la carne serán siempre enemigos del alma, y por eso en todo tiempo y lugar, y cualquiera que sea el grado de perfección á que

(1) Galat., V, 17; Sapient., IX, 15.

(2) Rom., VII, 23; I. Corinth., IX,

27.

(3) Dictám. de espirit., n. 18.

(4) Obras, tom. 1.º, introduc.

haya llegado el alma, la mortificación de la carne es, no ya sólo útil, no ya sólo conveniente, sino de todo punto necesaria. A este propósito dice Santa Teresa «que lo primero que »hemos de procurar es quitar de nosotros el amor demasiado de este cuerpo, pues somos tan regalados de nuestro »natural y tan amigos de nuestra salud, que es cosa para »alabar á Dios la guerra que damos. Algunas religiosas— »prosigue diciendo—no parece que han venido á la Religión »sino para no morir; cada una lo procura como puede. »Pues entiendan que venimos á la Religión á morir por Cristo y no á regalarnos por Cristo». Y añade: «La religiosa »que no es mortificada, no es buena para el colegio de »Cristo» (1).

División. Entre las mortificaciones del cuerpo, las hay «aflictivas» y «privativas». Las aflictivas consisten en el uso del cilicio, disciplina, ayuno, etc. De éstas no debo decir una palabra, porque todas han de ser aprobadas por el director de nuestra alma, ya que él conoce ó debe conocer nuestras necesidades espirituales; y entended, hermanas mías, que cualquiera mortificación que se practique en el cuerpo sin el consentimiento ó contra la voluntad expresa de nuestro director, que está en lugar de Dios (2), lejos de merecer recompensa, será digna de castigo, como dice el Señor por Isaías (3), porque *Dios prefiere la obediencia al sacrificio* (4). Pero hay otra mortificación, llamada privativa, que debe practicarse en todo tiempo y lugar, y no menoscaba ni debilita las fuerzas del cuerpo, y consiste en mortificar los sentidos.

Los sentidos del hombre, dice la Sagrada Escritura, *desde su nacimiento son mal inclinados* (5), y cada uno busca el deleite

(1) Camin. de perf., caps. 10 y 12.
 (2) Luc., X, 16; I. Joann., IV, 6.
 (3) Isai., LVIII, 3; Osee, VI, 6; Matth., IX, 13.

(4) I. Reg., XV, 22; Osee, VI, 6.
 (5) Génes., VIII, 21.

que le es propio; en su corazón tiene los *enemigos domésticos* (1), que son las pasiones, las cuales padecen hambre canina y sed insaciable de deleites; porque, como nota el Sabio, *ni el ojo se harta de ver, ni el oído de oír* (2) cosas nuevas; y si un poco de tiempo se ven hartos, vuelven después á tener hambre y sed de lo mismo con mayores ansias. Y así, el único remedio que nos queda para evitar tantos peligros, es mortificar con gran valor este apetito y cerrar las puertas de los sentidos, negándoles lo que desean.

Ojos. En primer lugar, debemos mortificar el sentido de la vista, porque es luz y guía del cuerpo en todas sus obras y movimientos; de suerte que de la mortificación de este sentido depende en gran parte la reformación del hombre interior y exterior, en las obras que le son propias. Llama la atención que Dios, al mismo tiempo que nos pide el corazón, exija que no apartemos nuestros ojos de sus preceptos (3). *Dame, hijo, tu corazón*, nos dice, *y pon tus ojos en mis santos preceptos*. Junta los ojos con el corazón, porque hay gran simpatía del corazón con los ojos, de suerte que bien podemos decir que los ojos están en el corazón y el corazón en los ojos (4), porque lo que el corazón ama desean ver los ojos, y por esta vista se complace en ello el corazón. El profeta Jeremías llama á los sentidos del cuerpo *ventanas por donde entra la muerte del alma* (5). Y ¡cuán caras suelen costar las curiosidades toleradas á este sentido del cuerpo! Miró Eva el árbol vedado, dióla gana de comer de su fruto porque la pareció hermoso; comió é hizo comer á su marido, y esta comida fué muerte para ellos y para todo el linaje humano (6). Dina, hija de Jacob, perdió la honra—joya inestimable en

(1) Mich., VII, 6; Matth., X, 36.
 (2) Ecclesiast., I, 8; Imitac., lib. 5, cap. 1.
 (3) Prov. XXIII, 26.

(4) Job., XXXI, 7.
 (5) Jerem., IX, 21; S. Greg., Moral., cap. 2.
 (6) Génes. III, 6; Eccli., XXV, 33.